

llamará después años de disipación, y dará gracias al Señor toda su vida por haberla sacado de ellos por medio de San Francisco de Sales. «Antes de esto—decía la Santa—vivía yo en una especie de indevoción, no pensando sino en observar los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, y contentar á mi esposo, y en los negocios de mi casa» (1). De este modo olvidaba tantas virtudes, tan singular inocencia, caridad tan fecunda y sacrificios tan heroicos, ó más bien, con este mismo olvido les añadía un nuevo mérito y ensalzaba su belleza.

En medio de todas estas buenas obras, y de una vida más y más consagrada á Dios, llegó la gran prueba.

El Barón de Chantal cayó peligrosamente enfermo, y entonces se vió muy claro que la Religión, en lugar de apagar los legítimos afectos, dobla su energía purificándolos. Nuestra Santa enfermó, por decirlo así, con su querido esposo. Sentada á los pies de su cama, con el alma traspasada, pero con un rostro tranquilo para no alarmarle, no le dejaba ni de día ni de noche. Apenas se separaba de él, en los cortos instantes en que descansaba un poco, entonces se la encontraba en la capilla del castillo, postrada, bañada en lágrimas. «Habiendo caído enfermo el Barón de Chantal—dice Bussy-Rabutin—su mujer, que le amaba entrañablemente, pasaba los días á la cabecera de su cama, y las noches en oración en la capilla» (2).

Por lo demás, el Barón de Chantal sufría sus dolores como verdadero cristiano. El falso juicio del mundo, de que acababa de ser víctima; la peligrosa enfermedad, que amenazaba su vida aún en flor; el amor de una Santa, que elevaba su alma sobre todos los afectos terrenos; la muerte, en fin, que sin saberlo él le cubría con sus alas... todas estas cosas abrían su imagi-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy.*

(2) *Vida compendiada*, cap. I.

nación á luces más claras. Sentía la nada de las cosas del mundo, y su corazón, desasiéndose poco á poco de todo, aspiraba sólo al amor de su Dios. «Estas dos almas, puras como dos castas palomas—dice un biógrafo,—hablaban largamente del desprecio de esta vida temporal, y de la gran felicidad de servir á Dios lejos del tumulto del mundo. El enfermo, como más próximo á su fin, tenía sentimientos más íntimos de la eternidad, y quería se hiciesen la recíproca promesa de que el primero que quedase libre por muerte de otro, consagraría el resto de sus días al servicio de Dios. Pero como el corazón de nuestra virtuosa señora no podía sufrir la idea de separarse, mudaba siempre la conversación» (1).

Por fin el Sr. de Chantal se puso bueno, se restableció, tomó fuerzas, y empezó otra vez sus paseos y carcerías. Se le creía á cien leguas del sepulcro, pero ¡ay! nunca había estado más cerca.

Dos sueños bastante raros acabaron de preparar su grande alma para el sacrificio que Dios iba á pedirle. Una noche que el Sr. de Chantal, enteramente restablecido de su enfermedad, dormía tranquilamente, le pareció que teñían su vestido de púrpura, y que estaba vestido como un Cardenal. Al otro día contó su sueño á su querida esposa, y como tenía carácter y ánimo guerrero, añadió que muy pronto sería herido en una batalla y sus vestidos se teñirían con su sangre. La Santa se echó á reír. «En verdad—dijo,—yo he soñado que estaba vestida y cubierta con un crespón negro como una viuda.» Y conociendo que estos sueños hacían impresión en el Sr. de Chantal, añadió: «Creo que esto es efecto de los muchos miedos que tuve con vuestra enfermedad, y así, no hago caso ninguno de este sueño.» El Sr. de Chantal no contestó, y volvió al cielo sus ojos con una mirada llena de resignación.

(1) *Vida de la venerable Madre de Chantal*, por el Sr. Maupas, pág. 3.

Es preciso detenerse un poco y admirar aquí las precauciones delicadas que Dios toma para preparar á nuestros dos esposos al golpe doloroso que iba á separarlos. Permite primero que el Sr. de Chantal sea víctima de una injusticia, para desencantarle del mundo y de la corte. Le postra en seguida en una cama para purificarle, y le lleva hasta las puertas del sepulcro, como si quisiera familiarizarle con la muerte. Durante este tiempo, su santa y joven esposa está á su lado; quiere Dios que tenga delante de sus ojos el espectáculo de su esposo moribundo, para que vaya vislumbrando poco á poco la posibilidad de perderle, y que aprenda de antemano la ciencia de la resignación, de que tendrá muy pronto la más cruel necesidad. Y no obstante, va purificando sus corazones, elevando sus almas, llenándolas de luz, de fortaleza, de desasimiento de sí mismos, y de tierna y profunda sumisión á la voluntad divina, para que cuando estalle el golpe terrible estén prontas sus dos almas: la primera, para dejar la tierra y volver á Dios; la segunda, para quedarse en el mundo y subir sobre la Cruz, encontrando en ella, con el dolor, una nueva y más preciosa fecundidad.

En este tiempo, el caballero de Anlezy, señor de Chazelles, uno de los vecinos, parientes y mejores amigos del Sr. de Chantal, vino á verle y darle la enhorabuena por su convalecencia (1). Propuso una cacería, que aceptó gustosamente el Sr. de Chantal, porque era una de las diversiones que más le agradaban, y desde que salió de su enfermedad iba muy á menudo á ella. Los dos amigos salieron muy de mañana, acompañados de algunos criados. El sitio en que iban á cazar estaba cerca. No había más que salir del castillo por el puente levadizo, subir unos cuantos minutos la cuesta un poco

(1) Anlezy es una aldea de Nievre, cuyo señorío pasó después á los Damas. La madre del Barón de Chantal era hija de Carlos de Cossay y de Ana de Anlezy.

pendiente y áspera de un montecillo (1) que daba entrada á grandes bosques cortados por anchas calles de árboles medio llenas de maleza en muchos lugares, y en medio de los cuales venía la caza saltando al amanecer. Los dos amigos, habiendo llegado á una de estas calles, y habiendo dejado un poco atrás á los criados, principiaron á andar con lentitud por las orillas opuestas de un claro del bosque. Llevaban sus arcabuces amartillados y cebados y el gatillo caído. De repente sale un tiro y resuena un grito, cayendo el Barón de Chantal en tierra bañado en su sangre (2).

Nunca ha podido saberse de qué modo sucedió este terrible acontecimiento. ¿Se había enganchado alguna rama en el arcabuz del Sr. Anlezy y estalló el arma en su mano? La casaca que el Barón de Chantal llevaba aquel día era de color de ciervo: ¿se engañaría con esto su amigo, creyendo tirar á un venado? Sea de esto lo que fuere, el golpe fué mortal; el muslo estaba roto, y le habían entrado varias balas en las caderas. «¡Muerto estoy!—dijo el Barón al caer;—amigo y primo mío, con todo mi corazón te perdono, porque no lo has hecho sino por puro descuido.» Pero el desgraciado Anlezy nada oía; su dolor le volvía loco; iba de un lado á otro gritando y queriendo matarse con sus mismas armas.

«¡Primo y amigo querido!—le gritaba el moribundo,—el cielo me envió el tiro antes que saliese de tu mano; no peques, te ruego; acuérdate de Dios y de que eres cristiano.» Y diciendo estas palabras le miraba, expresando con los ojos su sincero perdón.

Mientras tanto, todos los que les habían acompañado á la caza acudieron al ruido, y deshaciéndose en llanto perdían el juicio con la pena. El Sr. de Chantal,

(1) Se la llamaba la Molaige, nombre que en el patois del país significa lugar dificultoso, difícil de subir.

(2) Aún se enseña hoy día en el bosque de Vic el sitio donde sucedió esta desgracia.

á quien habían llevado á una casa de la aldea (1), era el único que conservaba su sangre fría. Inmediatamente envió á buscar un sacerdote, y temiendo con su viva fe que no llegase á tiempo, mandó á cuatro de sus criados á otras tantas parroquias, para que si no le hallasen en una, le buscasen en otra. El quinto criado fué á dar la noticia á la señora de Chantal. «Pero ¡ay!—dijo el Barón, con los ojos arrasados en llanto,—que no se la diga que estoy herido de muerte, sino que mi herida es en el muslo.» La joven Baronesa, que aún no estaba restablecida de su último parto, recibió el recado en la cama, pues no se había levantado todavía cuando llegó el criado: lo turbado de éste la reveló su desgracia. «¡Ah!—exclamó,—me quieren dorar la píldora»; y vistiéndose apresuradamente, echó á correr con el corazón lleno de dolorosa inquietud. En cuanto á lo lejos la vió el Sr. de Chantal:—Amiga mía—la dijo,—la sentencia del cielo es justa; es menester someterse y morir.—No, no—exclamó su esposa;—es menester tratar de curarse.—Será en vano,—dijo dulcemente el herido, que se sentía morir. A estas palabras, la señora de Chantal, que á pesar de sus temores no había conocido la extensión de su desgracia, prorrumpió en sollozos, y de su corazón afligido se escapaban gritos dolorosos y quejas amargas contra el imprudente que ha causado esta desgracia.

—¡Ah!—dijo el enfermo interrumpiéndola,—miremos este golpe como emanado de la Providencia divina, y honrémosla sometiéndonos á ella.»

Después, con esa tranquilidad que sólo la virtud puede dar, preguntó si había venido el sacerdote, y con la respuesta afirmativa le hizo entrar, y se confesó. Mientras tanto, de todas partes llegaban médicos. La Baronesa, entre el temor y la esperanza, iba de uno á

(1) Aún subsiste hoy esta casa: es la última de la aldea, y esta casi á la entrada del bosque de Vic.

otro, queriendo leer en sus ojos, y como si nada pudiese resistir á su amor:—Señores—les decía,—es absolutamente preciso curar al Sr. de Chantal.

—Si no quiere el Médico del cielo, nada podrán los de la tierra—respondió sonriéndose el enfermo.

La señora de Chantal estaba tan fuera de sí, é instaba de tal modo á los médicos, que éstos, temerosos de acelerar la muerte, no se atrevieron á extraer las balas, y se contentaron con vendar la herida, transportando al enfermo á su castillo. Su agonía duró nueve días; al quinto desapareció completamente la poca esperanza que se tenía. La calentura se hizo muy intensa y el enfermo sufría cruelmente, pero sin delirar, conservando todo su juicio. Tendido en su lecho de muerte, la esperaba con la sangre fría de un soldado, ó más bien con la resignación y dulce fortaleza del cristiano.

Sus virtudes, más grandes y brillantes al acercarse la muerte, llenaban de admiración á los que le veían. El nombre de su inocente matador salía sin cesar de su boca con palabras de fe ardiente. «De todo mi corazón le perdono; ha sido una imprudencia, y yo por malicia di la muerte á Jesucristo»; y diciendo esto, miraba á su Crucifijo de un modo indefinible de amor y de dulzura.

Conforme se acercaba su fin, crecía en su alma la fe y el amor de Dios con el desprecio más completo de las cosas humanas. Herido en la flor de su edad; separado violentamente de cuanto constituye el encanto y la felicidad de la vida; arrebatado al amor y á las caricias de una esposa incomparable, á quien dejaba cuatro hijos pequeños, todo lo olvidaba para no ocuparse más que de la felicidad de cumplir la voluntad siempre amabilísima de Dios. Consolaba por sí mismo á los que lloraban alrededor de su cama, y exhortaba á su esposa á resignarse, con una fortaleza que manifestaba bien su entero abandono en las manos de Dios.

Pero era tan intenso el dolor de la señora de Chan-

tal, que no podía decidirse á la aceptación de su desgracia. El sí de la resignación no podía salir de su boca. A cada instante salía del cuarto del enfermo sollozando amargamente, y corriendo por los corredores y salas del castillo, exclamaba en alta voz: «Señor y Dios mío, tomad cuanto tengo en este mundo, pero dejadme á mi querido esposo.»

Dios, cuyos adorables designios conoceremos en el discurso de esta historia, había determinado no escuchar ruegos tan ardientes y puros; y el Sr. de Chantal tenía este presentimiento tan vivo, que aunque los médicos estaban con muy buenas esperanzas, quiso no obstante, desde los primeros días de su herida, arreglar todos sus negocios, y pidió los últimos Sacramentos. El día octavo, víspera de su muerte, recibió el Santo Viático con la devoción y fervor de un religioso: perdonó aún otra vez á su matador, hizo escribir este perdón en el libro de su parroquia para que sus hijos y nietos no pensasen más que en perdonarle para siempre jamás, y escribió en su testamento una cláusula especial, por la cual desheredaba á cualquiera de sus hijos que tratase ó hablase de vengar su muerte. Después de esto, libre ya de toda inquietud, desasido de la tierra y ansioso del cielo que veía próximo, se durmió con la muerte de los justos á la edad de treinta y cinco años y algunos meses.

No trataremos de explicar el dolor de la señora de Chantal, ni el estado en que la puso la muerte de este esposo tan querido. «Sería menester—dice un historiador antiguo,—que el dolor y el amor mezclasen y uniesen perfectamente sus respectivos colores, para pintar tan lamentable duelo (1).» Los lectores que nos han seguido hasta aquí, comprenden y conocen bien la ternura y vi-

(1) *Vida de la venerable Madre de Chantal*, por Mr. de Maupas, pág. 27.

veza de esta alma amante, y podrán apreciar la desolación profunda y el cuchillo desgarrador que traspasaría su corazón al ver quebrarse lazos tan fuertes y dulces. Lloró á su esposo, y le lloró con un diluvio de lágrimas incomparables. La que en la ausencia de su marido no quería ver á nadie, diciendo: *los ojos á quienes debo agradar están á cien leguas de aquí*, cuando vió estos ojos cerrados por la muerte, se retiró á la soledad más profunda. Su castillo no le parecía bastante solitario, y así se escapaba callandito, siendo su único consuelo ir á un bosquecillo poco distante para llorar á su placer (1). En vano las señoras de los castillos vecinos, en vano sus tías y primas de Semur venían á Bourbilly para tratar de consolarla: lo apreciaba y agradecía; pero cuando por la noche entraba en su cuarto, «¡ah!—decía,—¿por qué no me dejan llorar á mi libertad? Creen aliviarme, y me martirizan.» Caía entonces de rodillas sollozando, y pasaba toda la noche dejando correr sus lágrimas.

«El dolor de nuestra Santa viuda—dice Bussy-Rabutin—y la violencia que se hizo para reprimirle, la demacraron en tales términos, que no era conocida; adivinaron que pasaba la noche de rodillas rezando y llorando, y fué preciso velarla para que al menos estuviese quieta en su cama (2).» «Tal fué la violencia de su dolor—dice á su vez la Madre de Marigny,—que al cabo de tres ó cuatro meses la señora de Chantal parecía un esqueleto, y empezaba á temerse por su vida (3).»

Quien hubiera visto á la señora de Chantal en este estado, la hubiera considerado muy desgraciada: lo era, en efecto, tanto cuanto es posible serlo en este mundo.

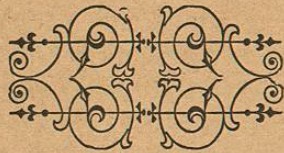
(1) Era el bosque de Garena, que estaba enfrente del castillo y que aún existe.

(2) *Vida compendiada*, cap. II.

(3) *Segundo manuscrito* de la Madre Luisa Dorotea de Marigny. *Proceso de canonización*, tomo II, pág. 974.

Tenía en el corazón una de esas heridas que jamás se cierran en las grandes almas. Y no obstante, de esta desgracia nacerá una vida nueva para su alma desolada. «Sacará de este amargo dolor, que sintió con exceso—dice Bussy-Rabutin (1),—pero que sufrió heroicamente, una fortaleza incomparable, luces y ardores divinos, con un total desasimio de las criaturas, y, por último, esa muerte á sí misma y ese entero abandono á Dios, que en sus manos divinas fueron instrumento para tantas y tan grandes cosas.

(1) *Vida compendiada*, cap. II.



## CAPÍTULO IV

Primer año de viudez. La señora de Chantal, deseando entregarse totalmente á Dios, busca al efecto un director.

1601-1602

LA señora de Chantal quedó, pues, viuda á los veintiocho años. Después de haber tenido la rara felicidad de encontrar un esposo digno de ella, había sido arrancado de sus brazos por un horrible accidente. De los seis hijos con que en ocho años había Dios bendecido su santo matrimonio, dos habían muerto en la cuna; la quedaban cuatro, un hijo de cinco años y tres hijas aún más pequeñas, sobre todo la última, que aún no tenía tres semanas. El dolor de la viuda se aumentaba con las inquietudes de la madre. Lo presente la affigia por su soledad, lo porvenir la espantaba por la responsabilidad. Estos son los grandes dolores de la vida que no se pueden comparar con nada, y para los que son impotentes todos los consuelos humanos. Dios, que conoce lo que vale un alma, es el único que puede imponerla tan pesada carga, y el solo que puede ayudarla á soportar. Él mismo enjuga sus lágrimas dolorosas y cicatriza tan profundas heridas.

La señora de Chantal no tardó en conocerlo. Consuelos desconocidos á las almas que no han sufrido se